



BJØRN ANDREAS
BULL-HANSEN

VIKINGOS

UNA SAGA DE LOS MERCENARIOS DEL NORTE


ESPASA

BJØRN ANDREAS BULL-HANSEN
VIKINGOS

Traducción de Kalinka I. M. Iglesias



1

ESCLAVITUD

No me acuerdo mucho de los años anteriores a mi captura. Pero prefiero pensar que fueron tiempos felices. Soy capaz de sentarme un rato largo y seguir los senderos con mi ojo interior, porque todavía los recuerdo. Me paro al lado de uno de los tejos y huelo la hierba y el cálido pantano. Veo brillar el sol entre el follaje, y la luz que se filtra tiene una nota de verde. Hace calor, lo siento en la piel desnuda mientras me abro paso por el sotobosque. Los helechos me acarician las pantorrillas, y noto que tengo el arco en la mano y el carcaj me golpea contra la cadera. Me adentro en un bosquecillo frondoso, se me hunden los pies en el musgo húmedo, y sé que el mar a veces llega hasta aquí con las mareas primaverales y deja algas y conchas y cangrejos que se apresuran a esconderse bajo la arena. Llego a la playa, veo las olas que riegan la orilla y las gaviotas, allá en lo alto bajo el firmamento, están como clavadas en la cúpula del cielo, hasta que sacuden las alas y se lanzan hacia el horizonte o hacia el bosque detrás de mí.

Tengo los bancos de arena a mi derecha, y a un tiro de piedra están padre y Ulfham. El pelo canoso de mi padre vuela con el viento. Su musculoso cuerpo está, como siempre, torcido a un lado, pero aún es fuerte, y yo pienso que nada en este mundo puede debilitarlo. Ulfham ladra, pero se mantiene al lado de padre. Siempre. Padre asiente levemente, apenas lo diviso, y se agacha otra vez para recoger una concha. Yo sigo por el sendero, que se desvía y me lleva hacia la parte norte de la bahía. Voy subiéndome entre las rocas. Aún soy joven, solo un niño, pero soy ágil y de brazos y piernas potentes. Llevo el arco al hombro y trepo

rápidamente y sin temor hacia la cima de la atalaya, porque sé que padre me observa desde los bancos de arena. Se preocupa por que me haga daño, ya solo le quedo yo. Pero necesito demostrarle que soy capaz, que soy fuerte como él, porque pronto vendrán los hijos del granjero a recogerme y pedirme que parta con ellos en su barco, y para entonces padre tiene que estar seguro de que me las arreglaré.

Desde la cima de la atalaya, se ve todo el fiordo. Aquí arriba hay una almenara y, durante los primeros años después de la pugna, padre tenía que encenderla siempre que viera un navío alargado. Pasaba absolutamente todas las noches despierto y vigilando desde aquí.

Me siento debajo del viejo tejado de leños, apoyo la espalda en la pared e intento descansar la vista en el mar durante un rato. Recorro con la mirada la línea que divide el mar y el cielo. Es delgada como un cabello y recta como el filo de una espada. Es allí adonde me dirijo. Donde el mar y el cielo se encuentran. Al otro lado, muy lejos, al oeste, hay un archipiélago. Es allí adonde Bjørn, mi único hermano, fue el verano pasado. Este año me toca a mí.

Ya no estoy sentado bajo el techo. He vuelto a levantarme, pero ahora estoy corriendo y los enebros me arañan en las piernas y en la tripa. No me acuerdo de lo que llevo puesto. Tal vez solo tenga un trozo de tela enrollado alrededor de la cintura. Ya estoy en la parte norte del cabo, y voy soltando el cordel que he atado al arco. En la punta del cordel hay un gancho que he hecho a partir de una espina. Aplasto un caracol y lo coloco en el gancho.

Durante un buen rato me quedo tumbado bocabajo en una roca plana. Veo mi reflejo en el agua. El pelo, largo y desaliñado, me cuelga por ambos lados de la cara. Todavía tiene algo de rollizo e infantil, esa cara, pero no por mucho tiempo. Ya estoy empezando a convertirme en un hombre, la frente y los pómulos son más angulares, y las cuencas de los ojos, más profundas. Brillan, azules, destacando sobre la piel bronceada.

De vez en cuando, los peces pasan rozando el anzuelo. Algunos suben hasta la superficie y borran mi reflejo con la cola. Lue-

go bajan otra vez hacia el anzuelo, pero son pequeños y no dan para comer nada. Tiro del sedal y los asusto para que se vayan.

Durante muchos años, eso fue todo lo que era capaz de recordar de antes de lo que dolía. El paseo de un niño hasta el sitio donde solía pescar. Un padre cogiendo moluscos en los bancos de arena. Fueron mis únicos recuerdos de aquella época durante un largo tiempo. Al menos hasta que mucho después hube de regresar a la península que fue el reino de mi niñez, y allí encontré los senderos que ciervos y corzos habían mantenido abiertos y levanté aquel tejado de leños que mi padre construyó en cierta ocasión. Y entonces recordé.

Debí de quedarme dormido allí en la roca. Cuando de repente me desperté, todo estaba muy calmado. El sol aún brillaba muy alto, así que no pude haber dormido mucho tiempo. Me acuerdo de que me doy la vuelta, y de pronto veo que hay un hombre allá arriba, en el mirador de padre. No lleva nada de ropa, aparte de un pantalón de cuero hecho andrajos, y tiene el torso cubierto de rayas azules. Enseguida me descubre. Se gira un poco, grita en una lengua que no entiendo y se echa a correr cuesta abajo, hacia mí.

Me acuerdo de que estoy corriendo. Salto de roca en roca, llego a la orilla, me caigo y me hago un corte en la rodilla con las bellotas de mar, pero me levanto con rapidez, ahora me persiguen tres hombres, y uno lleva un hacha. Los otros dos van medio desnudos, con sendas anillas de esclavo al cuello, uno de ellos aullando como un perro. En breve los tengo en mis talones, pero entonces me tiro al agua. Empiezo a nadar, pero de todos modos me alcanzan, me agarran del pelo y me hunden.

Debieron de tenerme sumergido hasta que perdí el conocimiento. Seguramente me llevaron de vuelta por el cabo y hasta los bancos de arena, donde Ulfham yacía con una flecha clavada en el pecho, y de donde se lo iba a llevar pronto la marea. Caminaban por la parte sur del cabo, el guerrero del hacha delante, y detrás, los dos esclavos, conmigo entre ellos.

Padre había construido nuestra casa entre las rocas, y por en-

tonces a mí me parecía igual de vistosa que la sala del granjero. Cualquiera otro habría levantado la casa a sotavento, pero era como si padre nunca pudiera dejar de lado su deber. Todo el tiempo tenía la mirada puesta en el fiordo, porque una larga vida le había enseñado que los enemigos siempre venían de allí. Pero esta vez no. Amparados por los árboles, se habían infiltrado hasta alcanzarlo. Un guerrero anciano y ajado, solo, allí en medio del cabo, no podía tener más de un espadazo.

Al volver en mí, estaba tumbado de lado y tenía los brazos atados a la espalda. Primero vi a varios hombres que merodeaban a mi alrededor. Unos amontonaban el pescado en salazón que habíamos colgado a secar. Otro probaba a tensar el arco de tejo de padre. Solo al girarme del todo descubrí a padre. Estaba sentado contra la pared con una flecha clavada en el pecho y respiraba con dificultad. En el lado exterior de uno de los muslos tenía un corte profundo, y otro más en el brazo. La mano, roja de sangre, le temblaba en el regazo.

En cuanto me puse de pie, se me apretó la cuerda que tenía atada al cuello.

—Los de la granja dijeron que antes luchabas para el *jarl** de Lade —sonó una voz detrás de mí.

Entendí que era a mi padre a quien hablaban.

—¿Qué haces aquí, en Vingulmork?

Padre no contestó.

—Este de aquí, ¿es tu hijo?

Padre levantó la cabeza.

—Es joven. Déjalo vivir.

El tipo que había detrás de mí gruñó unas palabras a los esclavos, que vinieron y me cogieron de los brazos. Luego habló a los otros, todavía en un idioma que yo no conocía, y dos de ellos se agacharon enfrente de padre y lo sujetaron contra la pared.

—Torstein —dijo padre—. No mires.

Yo todavía no había visto al que hablaba a padre. Pero entonces

* El *jarl* es el jefe de un clan. Jerárquicamente, se encuentra por debajo de un rey y por encima de un *herse*. (N. de la t.)

me pusieron un cuchillo al cuello, y uno de los desconocidos dio un paso adelante, un hombre alto con una cota de malla que estaba manchada de sangre. Sin decir una palabra, se sacó un cuchillo largo y curvado del cinturón, y lo clavó en el abdomen de padre.

Padre no dijo nada mientras lo rajaban. Le daban sacudidas en las piernas, nada más. Después lo soltaron y quedó sentado, quieto y en silencio. Posó los ojos en mí, estaba llorando. Nunca lo había visto llorar.

—Prendedle fuego a todo —sonó de boca del hombre de la cota de malla.

Uno de los esclavos entró en la cabaña. Lo oí hurgando en el hogar, donde siempre enterrábamos las ascuas en arena para que se conservasen hasta el anochecer. Al mismo tiempo, los esclavos pusieron otra vez de pie a padre, y yo noté que quería decirme algo, pero entonces el hombre de la cota de malla le metió los dedos en el vientre. Padre gemía de dolor e intentaba coger aire. El hombre tenía ahora en la mano algo parecido a una soga ensangrentada. Lo miró un momento, y lo clavó en un tablón de la pared con el cuchillo.

—Anda —dijo bruscamente—. ¡Que andes!

Padre echó a andar. Primero, un paso, antes de pararse a respirar. Luego otro, y dejó de mirarme, se encorvó y se puso a vomitar. Pero el hombre de la cota empezó a gritarle, tenía que seguir, sin parar, y entonces padre se enderezó y siguió andando como si no se diera cuenta de que los intestinos se le escurrían por el vientre, hasta que se le salió un fardo entero que cayó a sus pies. Entonces se desplomó sobre una rodilla. Se giró a mirarme otra vez, luego volcó a un lado y se quedó tumbado.

Los esclavos lo arrimaron a la cabaña y lo dejaron allí. Me quitaron el cuchillo de la garganta y yo enseguida me lancé hacia padre, pero los esclavos me agarraron del brazo y me llevaron con ellos.

Recuerdo que me giré mientras me arrastraban por las rocas y vi las llamas que asomaban por el tejado de turba. Luego tuve que acompañarlos por el bosque. Paramos junto al arroyo y me dijeron que bebiese, pero me negué.

Me llevaron a través de los campos labrados. Llegamos a la granja, y allí el fuego se extendía por el edificio de la sala. Los campesinos yacían muertos alrededor, y el mismo granjero colgaba ahorcado del árbol del patio. A sus dos hijas no las vi, pero Hilda estaba sentada en medio de la plazuela, maniatada como yo, y tenía el sayo rajado por la espalda hasta la cintura.

Me llevaron a la forja. Allí me colocaron una anilla de esclavo al cuello, y el esclavo que iba pintado introdujo un clavo incandescente en la cerradura y lo dobló con un alicate. Me acuerdo de que no me atreví a moverme por si acaso me quemaban los clavos. Así que me quedé de pie, ahora con una cuerda atada al collar, mientras Hilda tuvo que arrodillarse como yo. A ella también la convirtieron en una esclava ese día.

Aquella misma tarde me encadenaron a la bancada. Yo ya había visto naves largas antes, padre me había enviado a menudo a la granja para avisar cuando veíamos velas por el fiordo, a lo lejos. En esas ocasiones estaba yo en la playa con los otros niños, lleno de ilusión mientras se descargaban toneles y pieles y se transportaban a tierra, y un comerciante con brazalete de plata se hallaba detrás de la roda y nos hablaba a gritos de la fina seda que llevaba, del vino y de las cuentas de cristal, del metal forjado con láminas de acero dobladas. A veces también mostraban esclavos: hombres, mujeres y niños, con sus anillas al cuello y las espaldas marcadas por latigazos y quemaduras de hierro incandescente.

Ahora yo era uno de ellos. Cuando me encadenaron a la bancada, miré a lo largo del mástil y vi tres astas de flecha partidas allí en lo alto, y pensé que aquel no era un barco normal, sino un barco de guerra. Nunca había visto antes uno de esos, pero mi hermano y los hijos del granjero me habían hablado de ellos. Yo creía que ese tipo de naves eran tan tremendas que casi podían hundir los barcos de la gente normal al pasar, pero aquella era, en cambio, tan estrecha que los remeros iban sentados en bancadas transversales en lugar de en los bancos individuales típicos de las embarcaciones más grandes, y al flotar sobresalía muy poco del agua. Unos hombres con hachas de guerra colgadas del

cinturón estaban empezando a cargar el botín de la granja, y al lado del mástil había un hombre calvo vestido con túnica y manto que me miraba fijamente. Por la pequeña cruz de madera que llevaba colgada del cuello, entendí que era un monje. Una vez el granjero se había dejado sumergir en el arroyo por uno igual, a lo cual padre había reaccionado negando con la cabeza.

En la embarcación había otros seis esclavos, todos niños, casi adultos. Me ataron a una cadena que iba de anilla en anilla; de los collares sobresalía una especie de arandela de hierro donde se acoplaba la cadena, de modo que ninguno de nosotros podía moverse mucho sin tirar de los otros. También empujaron a Hilda a bordo. La dejaron entre sacos y cofres mientras los hombres preparaban el barco para zarpar.

Recuerdo que pensé que aquella nave debía de haber llegado camuflada por la oscuridad. Si no, padre la habría visto. Esos hombres se habían infiltrado en la granja a la luz del alba, pasando de largo el establo con los caballos y la jaula del halcón Loth, con los yelmos y los filos de las hachas cubiertos de rocío; luego se habían desperdigado entre las casas. Y después, cual depredadores, habían irrumpido y empezado a matar. Debió de suceder rápido y sin demasiada lucha, ya que el sonido se propagaba bien por la planicie alrededor de la granja. Habríamos oído el clamor de las espadas al chocar y los gritos.

El hombre de la cota de malla subió a bordo. Era aún joven, alto y ancho de espaldas, y habría sido un tipo bastante apuesto de no haber tenido los ojos extrañamente pequeños y como de gorrino. Desde la proa recorría con la mirada a los esclavos, los sacos de grano y el resto del botín. Asintió para sí y pareció satisfecho. El monje se le acercó y le puso la cruz en la frente:

—Que Cristo te bendiga —dijo—. Y a tu espada.

Esa misma tarde salimos remando. Yo tenía doce años.